

OTEAR HORIZONTES MISIONEROS Y CAMINAR CON ESPERANZA



Geraldina Céspedes
Misionera Dominicana del Rosario

¿Qué estás viendo? Esta es la pregunta clave que Dios dirige dos veces a Jeremías (Jr 1, 11-13) y nos dirige a nosotros hoy: *¿Qué estás viendo?* *¿Qué se está moviendo en nuestra realidad, en nuestra Iglesia, en nuestro mundo hoy?* *¿Qué camino lleva esta humanidad que sufre y espera?*

Responder a la pregunta *¿Qué estás viendo?* supone ir más allá de un análisis de la realidad. Implica también tocar cómo Dios está presente en esa realidad, qué señales de esperanza están surgiendo. Sin ser analistas profesionales, todos los misioneros y misioneras deberíamos ser capaces de analizar y ahondar en la realidad, es decir, tenemos que aprender a tener la mirada de los profetas, que es una mirada capaz de atravesar las apariencias. En este sentido, el profeta sabe combinar su carácter de místico y de analista de la realidad.

1. Aprender a ver la realidad.

Aprender a ver la realidad no es analizar grandes cosas, aunque ciertamente cada hecho hay que situarlo en un marco más amplio, sino sobre todo mirar con hondura lo cotidiano, las cosas pequeñas del diario acontecer de la vida a nuestro alrededor, con sus rostros y nombres concretos. Hoy es necesario cultivar a la vez una mirada local y una mirada global; es decir, hay que saber mirar tanto con el microscopio como con el telescopio. Como misioneros con una opción clara por los pobres se nos exige esa capacidad de saber conectar lo de casa con lo que sucede fuera de casa.

Aprender a ver exige tomar en cuenta algunos elementos importantes:

- **Situarse en el lugar adecuado**

Hay lugares que no nos dejan ver o sólo nos permiten ver una cara de la realidad. Como dice Sobrino, desde la periferia se ve mejor que desde el centro. Desde el lugar del pobre, de las mujeres pobres, colocándonos desde abajo, se ve mejor que desde arriba y desde el centro.

- **Perder el miedo a ver**

El miedo nos lleva a cerrar los ojos o a dar un rodeo, a mirar para otro lado, a no dar la cara a los problemas y dificultades que vivimos a nuestro alrededor.

Saber ver a través y en medio de la oscuridad. Para poder ver y analizar esta realidad hay que liberar la mirada, atravesar las apariencias.

- **Aplicar la hermenéutica de la sospecha**

Sospechar significa tener, no una postura negativa y desconfiada, sino una postura crítica y una mirada honda que nos lleva a preguntar y a querer desentrañar aquello que está en el reverso de la historia, aquello que no se vea a simple vista. Consiste en no aceptar pasivamente lo que se nos dice y se nos enseña.

- **Cultivar una mirada holística**

Y no dualista a la que hemos sido tan propensos en la Iglesia. La mirada holista no es excluyente, sino incluyente, sabe contar con el todo y sabe captar la complejidad y cómo una situación está entrelazada con otra. En definitiva, se trata de cultivar el estilo de mirada de Jesús que sabía captar la realidad en su hon-



dura y su complejidad, que conectaba los acontecimientos y que percibía la fuerza de las cosas pequeñas.

2. Dónde estar y cómo estar

Tradicionalmente hemos entendido la misión como nuestras obras y la pregunta que hacemos por lo regular es ¿qué haces tú? Hoy las preguntas clave son: **¿Dónde estás tú? ¿Cómo estás?** Dónde estar y cómo estar constituyen hoy día los dos grandes temas de la misión. No basta dónde estamos, sino el cómo, es decir, con qué actitudes realizamos nuestra misión. Podemos ser personas que trabajamos mucho, pero no siempre construimos Reino, ya que nuestro estilo de trabajo no va acompañado de las actitudes con las que Jesús anunció el Reino y se situó al lado de los pobres. En ese dónde estar y cómo estar, la mirada al ministerio de Jesús nos conduce a buscar el camino de la **encarnación** y la **kénosis** (Jn 1, 14; Fil 2, 5-11), a situarnos al estilo del Siervo de Yahvé, a entender que la misión consiste en salvar al mundo desde abajo, desde la compasión y la ternura, no desde el poder, sino desde la pobreza y la solidaridad con los pobres. Es situarnos entre los pobres desde una espiritualidad reinocéntrica que nos lleva a realizar la misión desde la pequeñez, la pobreza y desde un sentido martirial, como entrega diaria de la vida.

3. Recuperar la profecía como elemento innegociable de la vida misionera

Ante la realidad que vivimos, el Espíritu nos está empujando a suscitar el profetismo y, ante la tendencia sutil a hacernos afines a los intereses del siste-

ma, nos invita a tomarnos en serio la advertencia de Pablo: *“No se amolden a este sistema, sino váyanse transformando con la nueva mentalidad para ser ustedes capaces de distinguir lo que es la voluntad de Dios...”* (Rom 12, 2). Ese profetismo tendrá que estar marcado por un nuevo estilo. Quizá uno de los rasgos a recuperar sea aquel de un profetismo mucho más comunitario, colectivo. Ser comunidades en las que nuestro estilo de vida sea la primera denuncia ante una espiritualidad *light*, muchas veces contaminada por los aspectos negativos de este sistema consumista y superficial, en el que sutilmente suavizamos o abarataremos las exigencias de la opción por los pobres.

En nuestro mundo hay muchos clamores y susurros del Espíritu que nos invitan a reorientar nuestra misión, tanto en sus contenidos como en sus métodos y actitudes. Algunas de las realidades clamorosas que desafían nuestra tarea misionera hoy son:

- **El grito de la tierra y el clamor de las mujeres**

La irrupción de la mujer y la cuestión medioambiental están marcando un momento decisivo en la historia de la humanidad. El crecimiento de los movimientos de mujeres y el despertar de la conciencia femenina de la humanidad, así como la sacudida que nos viene de la crisis medioambiental, están replanteando las relaciones y la forma de entender nuestra vida y nuestra misión. No se trata sólo de los derechos y la dignidad de las mujeres, sino de dignidad de los seres humanos, de la búsqueda de relaciones más humanizadoras tanto para los hombres como para las mujeres y de relaciones de ecojusticia, vivir la compasión ecológica. Una transformación de las relaciones entre hombres y mujeres y de éstos con la creación es

un asunto crucial para el futuro de la humanidad, pues se trata de algo que afecta al ser humano en su totalidad.

• **Una misión itinerante ante una población en constante movimiento**

La acción de las empresas multinacionales, la deuda externa, la pérdida de soberanía alimentaria, el comercio injusto, la explotación de los recursos naturales y los conflictos armados son causa de que las personas se vean forzadas a desplazarse y emigrar, tanto hacia el Norte como entre países del Sur.

Las migraciones como fenómeno creciente en el mundo entero y al interior de los países, desafían nuestra misión, tanto de cara a los que se van como a los que llegan y a los que se quedan en los lugares de origen. Pero también desafía nuestra capacidad de itinerancia, nuestra capacidad de estar en un mayor dinamismo y de ser menos estáticos, nuestra capacidad de lanzarnos a lo desconocido y a lo inseguro, pero confiando en la promesa de Dios como Abrahán. A lo largo de la historia es una constante que cada vez que la misión ha querido renovarse y encontrar nueva vitalidad ha tenido que emprender un éxodo, una salida, ponerse en movimiento, abandonar el camino ya trillado y abrir una senda nueva.

• **Tejer la convivencia intercultural e interreligiosa**

Un aspecto importante de la espiritualidad misionera es la capacidad para convivir con la pluralidad, tejiendo la convivencia interreligiosa, intercultural y ecuménica. La misión hoy día la hacemos en un contexto de pluralismo en todos los niveles de la vida que pone a prueba nuestro respeto y tolerancia ante distintas percepciones de la realidad y de la fe. Somos desafiados a convertirnos y crecer en nuestra capacidad de convivencia intercultural desde una espiritualidad en la que sean demolidas nuestras formas sutiles de intolerancia y nuestra pretensión de creernos poseedores de la verdad.

La apertura a la pluralidad nos ayudará a tejer redes de trabajo conjunto con distintas personas y grupos con los que nos podemos poner de acuerdo, pues nos dirigimos al mismo punto, aunque cada uno tenga su característica específica y su forma de caminar y de interpretar la caminata. Esta espiritualidad de la red o de la comunión, nos desafía a vivir la interrelacionalidad, la interdependencia y a crecer en el trabajo en equipo. Esta espiritualidad de la red o de las alianzas se apoya en la visión de que hoy día ninguna institución puede hacer frente sola a los grandes desafíos del mundo de los pobres.

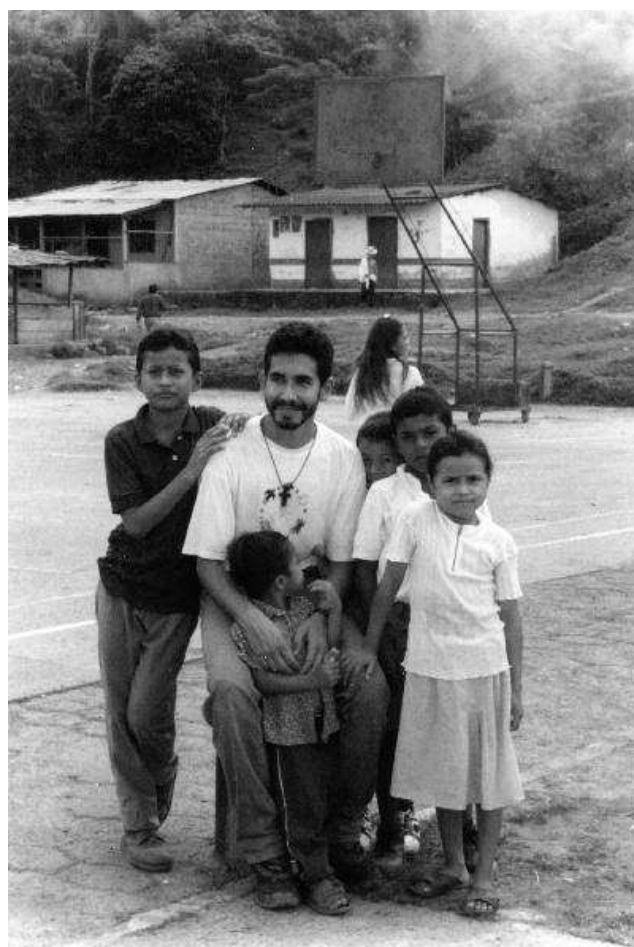
• **El desafío de la tecnología y los medios de comunicación**

Son un gran desafío a nuestra vida misionera. No sólo se trata del aprovechamiento que podemos hacer de estos medios para propagar los valores del reino, sino también de la denuncia que toca encarar para que estos medios no sigan siendo utilizados para justificar y difundir los principios de un sistema que nos deshu-

maniza. Es el desafío de la búsqueda de la verdad, de desentrañar los engaños y las trampas del sistema, de estar alertas para que los encantos tecnológicos no debiliten nuestra compasión ni nos anestesien el espíritu profético. El mundo de las comunicaciones hoy nos plantea el desafío de conectarnos para servir a la causa de los empobrecidos.

4. Recuperar la experiencia mística como fuente de la misión

Tenemos el desafío de recuperar la experiencia mística como fuente de la misión y como el derecho que tenemos a una vida profunda. La mística no es terreno privilegiado de algunas personas especiales, sino de todo ser humano que se abre al Misterio de Dios.



El término “mística” está relacionado con el término “misterio”. La mística tiene que ver con la experiencia del misterio que envuelve toda nuestra vida; es la percepción de que todo está habitado por Dios, que su huella está de algún modo en todas las cosas y en todas las criaturas. La mística se alimenta de la capacidad de asombrarnos y respetar el misterio de la vida en todas sus manifestaciones. Es tomarnos en serio lo que significa la libertad evangélica como el secreto de la vida espiritual.

Ciertamente, el término mística ha sido domesticado y se ha reducido a lo piadoso, despojándola así



del carácter profético propio de cualquier auténtica experiencia de Dios. El vocabulario mismo de la mística ha sido domesticado, reduciendo la mística a fenómenos raros y a visiones, cuando la experiencia mística no consiste en tener visiones, sino en tener visión. Muchos de los autores que hoy día reflexionan sobre la mística apuntan en esta dirección: “La experiencia mística no consiste tanto en tener visiones extraordinarias como en **tener una visión nueva de toda la realidad**”.

Desde la mística de la encarnación de Jesús se superan todos los dualismos y separaciones que nosotras hacemos entre lo personal y lo comunitario, oración y acción, sagrado y profano... pues en realidad sólo hay una manera de estar en el mundo: o estamos desde Dios y su reino o estamos desde el mal y el anti-reino. Se trata de ver a quién buscamos, quién es nuestro centro cuando rezamos o cuando actuamos. La mística nos adentra en un proceso de ir viviendo de forma armonizada todas las dimensiones de nuestra vida. Un nuevo estilo de vida misionera no será posible si no fortalecemos y renovamos las raíces que nos sostienen y nos inspiran.

5. Caminar con esperanza en medio de un mundo roto

Hoy más que nunca necesitamos la esperanza como el aire que respiramos. Para seguir viviendo sin dejarnos aplastar por el peso de las dificultades y problemas de nuestro entorno más cercano y más lejano es necesario que haya en nosotros una buena dosis de esperanza. Pero, ¿dónde la conseguimos, dónde se siembra y se cosecha la esperanza? ¿Cómo podemos ser signos de esperanza en el contexto de un mundo roto, de un mundo amenazado, injusto, un mundo en crisis, marcado por injusticias y desigualdades? ¿Se puede vivir con esperanza después de escuchar o leer las noticias de lo que pasa cada día en nuestro mundo o al presenciar la cruda realidad de la gente?

Es propio del ser humano y del cristiano tener esperanza. La esperanza es una forma de vivir siempre abiertos a lo nuevo, a las sorpresas de Dios que se nos hace presente allí donde menos esperamos. La esperanza es una de las fibras con que estamos hechos: somos seres abiertos al futuro; la esperanza es lo que nos sostiene en las situaciones más cerradas.

Cuando agudizamos nuestra mirada nos damos cuenta de que en nuestro mundo hay muchas señales de esperanza. No son cosas grandiosas según los criterios de este mundo, pero ellas tienen sabor a Reino. Esas señales de esperanza se dan en nuestra propia vida, en nuestra propia casa. Aún en lo que nos parece más horroroso y más terrible hay escondida una semilla de esperanza. Sólo hay que tener los ojos abiertos para captarla.

Constatamos que todavía queda gente que piensa en los demás, que se sacrifica por los otros y otras en detalles de la vida cotidiana. A pesar de que el sistema nos mete en la carrera loca del consumismo, encontramos personas que por una opción de solidaridad con los pobres y una opción de ser libres frente a la acumulación, deciden ascencillar su vida, viviendo con lo suficiente, gente que compra y vende en clave de solidaridad y de justicia sin dejarse atrapar en las redes de la publicidad comercial.

Encontramos hombres y mujeres que no se desentienden de la realidad porque desde dentro sienten, como dice Emmanuel Levinas, que “el otro se me ha confiado”. Soy responsable de lo que le suceda al otro y a la otra. Gente que no se desentiende ante la pregunta que Dios nos hace: ¿Dónde está tu hermano Abel? ? (Gn 4, 9). Encontramos en la actualidad gestos de gente que sí asume, desde su vida cargada de problemas y carencias, el ser guardián de su hermano y de su hermana. Toda esta gente, todos y todas ustedes avivan la esperanza y nos hacen proclamar ¡Quién dijo que todo está perdido!